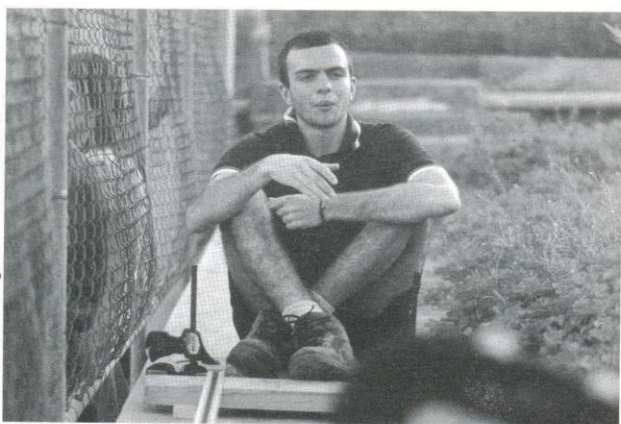


Víctor Moreno, el fotograma inaugural



Victor Moreno. Fotografía de Frank Moreno

El cine y la violencia, comprendidos ambos como realidades disímiles, alcanzan su propia entidad, pero llegan a complementarse como discurso estético sin olvidar su componente argumental. El cine aprehende situaciones sociales caracterizadas por su conflictividad, generada por culturas milenarias que aún trascienden, nuevas manifestaciones venidas de la colonización (España, Portugal, Francia, Inglaterra), la expansión económica y la explotación de recursos (Inglaterra y EE UU, como paradigmas de la expropiación, por ejemplo), o nuevos fenómenos parapetados en el terrorismo ideológico y el terrorismo coercitivo desplegado por el Estado. Un testimonio reciente, el de las Torres Gemelas, acaecido el 11 de septiembre del año 2001 en Nueva York, y que la presencia de una derivación del cine, cual es la televisión, puso a disposición de la cómoda atención de millones de personas.

La frecuencia con que ocurren hechos violentos, de alcance colectivo y programado, es decir, conflictos bélicos, quedó plasmada durante la Guerra del Golfo (los EE UU son especialistas en servir *información caliente*, intramilitarizarse y exportar terrorismo tecnológico) por la cadena CNN. La presencia testifical de un soporte de comunicación

visual, la televisión, trasladó la información a *domicilio*, la *privatización de la noticia*, el *mensaje intimado*, que abrió la curiosidad o la llevó hasta la receptividad del sujeto, pero el fragor y la situación lacerante terminan por neutralizar la conciencia crítica del televidente, y tienden a cauterizar heridas psicológicas ocasionadas por el estupor. Lo mismo sucede con las ejecuciones sumarias, el hambre y la miseria, la enfermedad y la muerte dadas endémicamente en el llamado Tercer Mundo, vergonzosa afrenta para el denominado mundo civilizado, y cuya repetitividad termina por acostumbrar e insensibilizar. Por supuesto, también se suministran imágenes de hechos terroristas, con la intención de informar pero sin olvidar cierta finalidad (¿pedagógica?) hacia los mal llamados ciudadanos (no participan de las decisiones del poder, pero sí consolidan directa o indirectamente los aparatos represivos del poder del Estado, auténtica pirámide ejecutiva o subliminal de conductas individuales y colectivas). La violencia ha estado presente siempre en el cine. El sustento aportado por el fenómeno del Lejano Oeste, del Western, del cine bélico o del cine negro, a título ilustrativo, dotó al cine no sólo de una realidad cotidiana del contrapoder que a su vez establecía un poder conminatorio paralelo, sino de cierta épica heterodoxa de hechura maniquea. El Bien y el Mal quedaban categorizados de manera fronteriza. Era una línea delimitada por determinada conceptualidad diferenciadora que en ocasiones entremezclaba dos formas de violencia aparentemente disociadas. El mismo Bien busca su mito a través de verdades estereotipadas donde se ausentan razones de fondo, de referencias en las que instalarse el espectador, y la presencia del héroe, llámese James Bond o Indiana Jones, aspira, siendo casi un fin en sí mismo, a respaldar el desarrollo de la película, a volverse medular. Es así como la violencia individual se viene a agregar, o está ejercida por minorías, desarrolladas ambas en una sociedad masificada. La delincuencia paralela obtiene eco en numerosas películas. Es lo que entendió el director Víctor

Moreno –un creador que por su capacidad y talento está llamado a mayores empresas– con su película *La razón de la violencia*, y que el mismo director trasladó al guión y luego llevó al cine. Víctor Moreno no parece desprenderse en toda la película de una idea paradójica que viene representada por la acción de los protagonistas a instancias del guión y la cámara. La paradoja no es más que la violencia que surge en sociedades subdesarrolladas y donde la delincuencia es, sólo que en ocasiones, una fórmula subsidiaria del mismo engranaje económico y social, poseyendo ciertos atributos de corte primario. ¿Ha intentado Víctor Moreno introducir una especie de diálogo con el inconsciente individual y el inconsciente colectivo de quienes contemplan la película? Y es que el despropósito y la sorpresa se encausan en un filme que se convierte en crónica del absurdo normado, de las vicisitudes de unos protagonistas donde el hombre, *el macho*, queda relegado a la secundariedad, ante la irrupción agresiva y decidida de *la hembra*, cuando no una evidente *masculinización*. Es lo que sustento. Acentuar el carácter matriarcal de la protagonista, del papel que ha sabido realizar Sonia Almarcha. Parece que Víctor Moreno ha superpuesto en *La razón de la violencia*, consciente o inconscientemente, varios planos de actuación que entretienen con la fugacidad de la acción una importancia esencial por devoradora de la mujer hegemónica; la que alecciona, recrimina e induce a los demás protagonistas. La mujer como iniciada e iniciadora de la violencia. Una mujer útero, absorbente y que se convierte en clave cultural, en el sentido sociológico y antropológico.

Lo anterior queda subrayado por el acento espacial. La cámara, en uno de sus planos, absorbe la imagen decadente de Santa Cruz; la ciudad es emblema de la homogeneidad y el anonimato. Urbe achatada por el crecimiento desproporcionado que supone otro tipo de violencia. La violencia geométrica que efectúa su agresividad a través del color y la distancia, hasta llegar a rozar el olor a marginalidad.

Víctor Moreno se inscribe en la nómina de autores del nuevo cine canario, pero sin pretensiones que edulcoren el filme por el simple hecho de ser realizado en Canarias. Hombres y mujeres, tanto directores como actores, se alzan en el archipiélago, distantes del nacionalismo reduccionista. Pero habría que plantearse el porqué, las razones que inducen a nuestros directores y artistas a trasladarse a la España continental, quizá la contestación se sitúe en la existencia de fórmulas para *limitar* o subestimar las producciones que se generan en Canarias. Y lo que sucede en cine también alcanza su dimensión en la literatura y otras áreas creativas. De una u otra manera ahí están Juan Carlos Fresnadillo, Andrés Koppel, Javier Fernández Caldas, Mercedes Afonso, Isabel Coll, José Javier Rodríguez Melcón, David Baute, Carlos Quintana, Jaime Falero y Víc-

tor Moreno, entre otros. Creadores que han merecido la confianza artística de los hermanos Ríos, Ana Sánchez-Gijón, Luis Adern y otros directores y productores. En el caso de *La razón de la violencia*, el mismo productor, Luis Adern, de Productora Postvisión, un hombre de cine que apuesta por los jóvenes creadores, afirma: “Apoyé el proyecto de Víctor Moreno porque me convencí de su valía. El guión reunía posibilidades, y una vez realizada la película esta causó una sorpresa generalizada entre quienes componen la productora. Y hay que tener en cuenta que es un guión escrito cuando Víctor Moreno tenía diecisiete años”. Y es también otro director y crítico como Josep Vilagelliu quien dice: “*La razón de la violencia*, de Víctor Moreno, reúne buen nivel de factura en el orden visual. Posee buenos destellos, y está mejor narrada que otras óperas primas, a excepción de los cortos en los que interviene la productora *La Mirada*, entre los que destaca *Esposados* de Juan Carlos Fresnadillo, llevado a Hollywood, el cual ha participado recientemente en el Festival de Sundance (Utah, EE.UU.), y que ha obtenido el Premio Goya en su XVI edición al mejor director novel por su primer largometraje *Intacto*. También tiene un buen reparto, en el cual sobresale especialmente Sonia Almarcha”. De la misma opinión un director veterano e hipercrítico como Juan Puelles, expone: “Es una ópera prima que está bien montada. Su director promete”. Por su parte Víctor Moreno, lleno de proyectos, manifiesta: “Las historias que ahora me interesan han cambiado, el tipo de cine también, pero tengo una especial experiencia ya que supuso mi primer contacto con lo que siempre he deseado hacer”. Reflexión que debe ser tenida en cuenta para comenzar un itinerario sujeto a probables cambios de rumbo, que se inicia con *La razón de la violencia*, porque tal vez Víctor Moreno ha querido darnos ciertas imágenes, de forma arbitraria, pero contando con su guión como base, y decirnos que la violencia es una forma de interpretar el mundo y la cultura. El mundo no es aséptico, muy al contrario, el mundo, la arquitectura y las formas habitadas, tiene acento a dejadez, a inercia furtiva al no estar comprendida, y que se repite hasta recordarnos que la delincuencia es un epifenómeno de las estructuras sociales, cuando no condicionador de las mismas. Es la violencia sutil o de confrontación la que determina ciertos códigos de conducta. El cine y la violencia son quienes se complementan hasta adquirir factura estética y dialogada. Se trata de la univocidad en torno al misterio humano, la historia de la agresión, bien desde el terrorismo insurgente o el terrorismo de Estado, hasta explicarnos la insensatez del género humano, y su procedencia social como una necesidad para hacer proteico al poder, al que permanece instalado o quiere auparse, y que se desencadena en una sociedad conflictiva y contradictoria.